

no hubieran causado la muerte de tantos desgraciados ni hecho odiosa nuestra religion.»

El príncipe de Orange quiso atraer á sí la legalidad, y con un hábil manejo se reconcilió súbitamente con el archiduque Matías, fingiendo ceder á las sugerencias de los agentes ingleses (1) que temían la intervencion del emperador: estos propusieron que el príncipe de Orange fuera proclamado lugarteniente general del archiduque (2). Los estados tenían cierta repugnancia en dar esta autoridad al hombre que acababa de violentarlos de esta suerte; pero Orange, haciendo siempre el papel de modesto y rehusando aceptar (3), supo excitar á la vez al populacho de Bruselas para intimidar á los estados, é influir para que se pusiera en libertad al duque de Arschot (4) y ganarlo á su favor. Por fin obtuvo su título de lugarteniente general con el sueldo de cien florines diarios (5), y entonces hizo su entrada solemne en Bruselas con el archiduque Matías (6). Una doncella vestida de Juno les entregó las llaves de la ciudad, Hebe les ofreció flores, y todas las virtudes teologales les presentaron las piezas de sus armaduras: fué un delirio de muchos días. Lo mismo el archiduque Matías que el príncipe de Orange estaban mejor hallados en medio de estas divinidades que á la cabeza de las tropas. En aquellos mismos momentos el ejército de los Países Bajos se encontraba en presencia de los viejos tercios españoles.

#### VI.—Batalla de Gembloux

Durante estos últimos meses de 1577, negoció Don Juan de Austria con los estados, que esperaba aún atraerse, reclutaba soldados valones y aguardaba la llegada de sus tercios españoles. Estaba encerrado en Namur sin poseer más que tres ó cuatro fortalezas (7) en el exterior. Con gran júbilo recibió como á un salvador á su sobrino Alejandro Farnesio que llegó en el mes de diciembre (8). Algunos días después aparecieron los seis mil españoles que habían salido en marzo. Julian Romero había

(1) El agitador inglés era Davison, aquel célebre criminal que precipitó la ejecución de María Estuardo.

(2) Ms. 16123, Bibl. Bruselas, citado por Gachard, *Corresp. de Guillermo*, Prólogo, pág. 88.

(3) *Ibid.* pág. 97.

(4) El 14 de noviembre de 1577.

(5) *Correspond. de Guillermo*, tom. VI, pág. 309, el 23 diciembre de 1577.

(6) El 24 de enero de 1578.

(7) Luxemburgo, Deventer, Kempen, Charlemont, Mariemburgo.

(8) *Com. Real hist.* tom. IV, 1852, pág. 366 y siguientes.

muerto en el camino (9) y Sancho de Avila había sido llamado á España; pero Mondragon y Verdugo volvian con sus soldados, al mismo tiempo que el conde de Mansfeld, que había reclutado aventureros franceses: era lo bastante para desembarazar la plaza de Namur, bloqueada por el ejército de los estados.

Este ejército de los estados, al mando de un viejo capitán de caballería, el señor de Goignies, se componía de algunos auxiliares escoceses y del populacho de las ciudades que había seducido el celo de los predicantes. Es el ejército de Israel, repetían los profetas; Dios combatirá por los suyos (10).

Era el 30 de enero (11); el tiempo estaba lluvioso, y reconociendo Goignies que sus reclutas no podían defender sus líneas delante de Namur contra un ejército de socorro, ordenó la retirada. «Advertido Don Juan de que el día siguiente debía levantarse el campo, hizo que aquella noche entrara toda su caballería en Namur» (12). En efecto, el 31 de enero al romper el día, Alejandro Farnesio que avanzaba al frente de algunos jinetes (13), descubrió un baranco á que había descendido la infantería de los estados mientras la caballería vacilaba á su escarpada orilla, ántes de seguirla por lo fangoso del terreno (14). Luégo al punto dió la orden de cargar, bien que no llevara cien caballos. «Juzgando la caballería de los estados estar abandonada de la infantería que no podía ver por estar en lo hondo del barranco, emprendió la fuga, atropellando parte de su propia infantería» (15). Los tercios españoles acudieron á la carrera y mataron sin resistencia á unos hombres sobrecogidos de pánico. Unicamente los reformados escoceses se atrincheraron en los huertos y procuraron defenderse, mas «pegándose fuego á las municiones que se repartían, los poseyó tal espanto al estallido de la pólvora, que cada cual se salvó como pudo» (16). Farnesio se mantenía constantemente en primera fila para asegurar la victoria que su buen golpe de vista había presentado (17): en hora y media

(9) De una caída de caballo en Cremona, Cabrera, tom. II, página 421.

(10) Juan de Nassau al ladgrave de Hesse, Col. de Groen Van Prinsterer, tom. VI, pág. 227.

(11) De 1578.

(12) Ms. Bibl. nac. franc. 5165.

(13) Col. de Morel Fatio, Don Juan á Mendoza.

(14) Cabrera, tom. II, pág. 444. «Un arroyo de altas riberas.»

(15) Ms. Bibl. nac. franc. 5165.

(16) *Ibid.* Se ve que esta narración no es de un francés.

(17) *Soc. Real hist.* tom. IV, 1852. «El príncipe de Parma se aventura como cualquier otro soldado, pues ninguno le pasa en los peligros, y así cerró de los primeros en esta rota.»

#### VII.—Últimos meses de Don Juan de Austria

mataron los españoles seis mil enemigos, tomaron las banderas, la artillería, los bagajes, sin perder, según se dice, más de siete hombres (1). No los detuvo una piedad *intempestiva* (2); ahorcaron á los prisioneros y sólo dejaron á vida seiscientos escoceses, salvados á duras penas por Don Juan, que veía aún en ellos futuros súbditos (3).

A esta noticia, Matías y Orange huyeron precipitadamente lejos de sus divinidades alegóricas y se encerraron en Amberes. Don Juan y Farnesio hicieron caer en su poder todas las ciudades del valle del Sambre (4).

Pocos días después de la batalla de Gembloux, llegó un refuerzo de cuatro mil españoles conducidos por Don Lope de Figueroa (5); pero casi al mismo tiempo recibió Don Juan una noticia tan infausta que hubo de quedar «caydo de ánimo y de fuerzas (6).» Su fiel secretario Escobedo había sido asesinado en Madrid en medio de la calle.—¡Qué desesperación no saber quién ha inspirado semejante crimen! Dios que está en los cielos me dará á conocer quién ha sido (7).—Y queda abismado en sus pensamientos (8) sintiéndose igualmente con-



Moneda del Ducado de Luxemburgo (época de Felipe II)

denado. No recibe noticias de su hermano.—¿Qué habrá ganado el rey en perdernos (9)?

Felipe II entabla negociaciones directas con los estados sirviéndose de Noircarmes, á reserva de Don Juan (10); hasta acepta la mediación del emperador Rodolfo y envía á Colonia al duque de Terranova que se encuentra con los agentes del príncipe de Orange y con el príncipe de Schwarzenberg, plenipotenciario del emperador. Felipe no vacilaría en sacrificar á Don Juan y á los vencedores de Gembloux, si Orange consintiera en reconocer su autoridad.

Con esto, el príncipe de Orange, después de sus reveses, á pesar de su fuga nada gloriosa y de la oposición de los estados, viene á ser el árbitro soberano de la guerra. Puede creerse que no vaciló un momento, sabiendo á qué atenerse sobre las promesas de Felipe II. Sabía igualmente la penuria del tesoro español: Orange debía dos millones de florines á los banque-

ros y príncipes de Alemania, y el duque de Terranova no le ofrecía en Colonia más que treinta mil escudos y una encomienda de cuatro mil ducados (11). Este mezquino cebo no podía ponerse en balanza con la gloria de llamarse el campeón de la reforma. «Fuera del príncipe, escribía su hermano Juan (12), no ha habido más que las clases pobres en favor de la religion.» Y esta gloria ofrecía probabilidades indefinidas. «Las provincias son suyas y de nadie más,» según confesión del mismo Don Juan (13). Así el príncipe de Schwarzenberg comprendió al momento que se le había engañado y rompió las negociaciones de Colonia.

Los reformados comenzaron á sospechar también del desinterés del príncipe de Orange. Algunos, y entre ellos Santa Aldegonda, que había estado tan humilde en la prisión de los españoles, se quejaban de que los anabaptistas no fueran condenados á muerte lo mismo que los católicos.—El príncipe es un ateo, decía ya otro pedante (14).—No quiere, repetían los políticos, dar parte del pastel á nadie, resuelto á engañar á todos los que convida al festín y

(1) Cabrera, tom. II, pág. 444.

(2) Strada, IX. «Omissa intempestiva benignitate.»

(3) Cabrera.

(4) Principalmente Tirlemont y Lovaina, el 5 y 7 de febr. 1578.

(5) Cabrera, tom. II, pág. 454.

(6) *Ibid.* pág. 426.

(7) Don Juan á Mendoza, Colec. de Morel Fatio, pág. 133.

(8) Cabrera.

(9) Colec. de Morel Fatio, pág. 134.

(10) *Corresp. de Felipe II*, Prólogo del tomo II.

(11) Carta del duque de Terranova, *Corresp. de Guillermo*, p. 105.

(12) Col. de Groen Van Prinsterer, tom. VI, pág. 311.

(13) «Suyas son y no de otro.»

(14) Petrus Dathenus.

conservar en su mano á lo ménos una rienda de los negocios públicos (1).—Estamos retenidos en hostilidades, necesarias á un solo hombre y ruinosas para los demás, añadia Champagney (2).

Ante esta oposicion no cesó el príncipe de buscar apoyo en la democracia. Cuando supo que los estados de Artois no sólo habian dirigido su adhesion á Don Juan, sino enviado tambien cartas á los estados de Henao y Tournois «invitándolos á hacer lo mismo» (3) llevó el terror á Arras por medio de un golpe de estado semejante al que se habia dado en Gante. «Hubierais visto y oido cerrar puertas y ventanas, y cómo los perdidos se movian pensando que habia llegado ya la hora de hacer su negocio» (4). Los perdidos rodearon la casa de la ciudad, donde estaban reunidos los regidores. «Los cabellos se le erizaban al más tranquilo de nosotros: fué menester desaprobar las cartas, pues hubiera sido trabajo perdido alegar razones á esa bestia indómita del pueblo que sólo se guia por locas aprensiones de su índole brutal, ni habia entónces hombre tan audaz, si no estaba cansado de vivir, que se hubiera atrevido á decir solamente:— Muchachos, haceis mal.»

Los soldados de los estados, que no se fiaban de ningun jefe y veian esta excitacion al tumulto, se extendian por el campo para vivir á sus anchas á costa de los labriegos (5). Habia setecientos que permanecian en las quintas de los alrededores de Audenarde. Otra banda de merodeadores fué sorprendida por los burgueses de Gante, los cuales hubieron de encontrar «tanto dinero sobre muertos y vivos que el que ménos tenia treinta y cuarenta florines de las extorsiones que habian hecho á los pobres campesinos.»

En medio de estos excesos se mantenía el partido que queria defender los derechos y las leyes del país contra las intrigas del interior y las usurpaciones del extranjero, fuera de toda fórmula religiosa. En este partido nacional y moderado es donde ha de encontrar apoyo Alejandro Farnesio contra los desórdenes de los sectarios. Pero Don Juan no tiene ninguna idea de lo que puede ser el patriotismo. Así pues no se dirige á él este partido nacional, sino á un francés, á Francisco de Valois.

(1) La Huguerye, *Memorias*, tom. II, pág. 2-14.

(2) «Bellum gerimus uni necessarium, omnibus periculosum.»

(3) Pont. Payen, *Memorias*, tom. II, pág. 63-68.

(4) Pont. Payen, *Memorias*, tom. II, pág. 70-73.

(5) Ms. 12941 de Bruselas. Fragmento publ. por la Com. real hist. tom. XIII, n.º 4.

Después del viaje de su hermana Margarita á Spa, envió á Lóndres Francisco de Valois á M. de Cimiers (6) para que hiciera la corte en su nombre á la reina Isabel. «La utilidad que sacó de esta galantería fué el consentimiento de la reina á su eleccion de duque de Brabante (7).» El hermano del duque de Lalaing fué al castillo de la Fere á ponerse de acuerdo con Francisco y Margarita, y recibió de sus manos, para distribuir á los principales nobles de los Países Bajos, medallas de oro en que estaban esculpidos los bustos del príncipe y de su hermana (8).

Francisco de Valois se presenta delante de Mons, donde es bien recibido, y ocupa el país entre Maubeuge y Braine-le-Comte: el príncipe de Orange, fingiendo aceptarlo como un aliado, suscita un nuevo competidor, el duque Juan Casimiro de Baviera.

Juan Casimiro no era mucho más temible que el archiduque Matías.—No he oido decir hasta el presente que haya hecho cosa de hazaña de guerra; robado y pillado sí, dice de él el cardenal Granvela (9). Cuando expulsado de Francia por el duque de Guisa, y después de muchas semanas de bandolerismo, se trasladó á Inglaterra Juan Casimiro á solicitar el apoyo de Isabel, hubo de disfrazarse de cocinero y hacer la comida para la tripulacion, bien que muy fatigado por el mareo (10). Era su plan comprar con dinero inglés á los alemanes de los dos partidos y, todos reunidos, invitarlos al pillaje de las ricas ciudades de Flandes. «Es la mejor negociacion que se haya hecho desde hace mucho tiempo,» dice un aficionado á estos tráficos, que viajaba por las cortes de Alemania para «chupar de sus negocios» (11).

Pero el mal tiempo, la peste, las promesas del príncipe de Orange dispersaron todos los ejércitos: Juan Casimiro volvió tristemente á Inglaterra y Francisco de Valois fué llamado á Francia por Enrique III. Don Juan de Austria se dejó dominar por el desaliento, comenzando á comprender la suerte de Escobedo. Vefase abandonado hasta por Catalina de Médicis, si esta proponia, como creia él, un matrimonio entre Francisco de Valois y la princesa Isabel,

(6) El primer viaje de Cimiers fué en marzo de 1577. Véase *Documentos inéd.* tom. LI, Don Bernardino de Mendoza á Don Alonso de Curiel. Se dice que Cimiers está en Lóndres: «Muy de asiento.»

(7) D'Aubigné, *las Historias*, tom. II, pág. 400.

(8) Margarita de Valois, *Memorias*.

(9) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. VI, pág. 414.

(10) *Doc. inéd.* tom. LI, Mendoza á Curiel, «Mareado... se hizo cocinero... aderezando la cena.»

(11) La Huguerye, *Memorias*, tom. II, pág. 2-14.

hija de Felipe II, con los Países Bajos por dote.

Sin embargo, intenta todavía el último llamamiento á su hermano.—«Dadme, le escribe, la orden de cómo he de gobernar.»—«No yo lo diré,» pone Felipe al márgen de estas palabras.—«Y hé aquí que nos van las vidas en este juego,» exclama Don Juan, metiéndose en cama el 28 de setiembre, devorado por la fiebre.

Estaba doliente hacia mucho tiempo. «Verdaderamente, escribia ya un año ántes (1), yo traigo la salud muy quebrada por muchos disgustos y trabajos que hasta agora he pasado en su servicio, y tanto que en ménos de dos meses he tenido el mal que de año en año me solia venir, y no ha bastado sangrarme seis veces ni purgarme cuatro, para quedar del todo libre dél.» Pero esta nueva enfermedad le parece más grave, á pesar de las buenas esperanzas de los médicos (2) «que decian no era mal peligroso. Él entendia que eran ya breves sus

días» y se quejó á su confesor «de que le habian hecho beber una bebida por fuerza» (3). Después de haber recibido los últimos sacramentos delegó sus poderes á Alejandro Farnesio (4). El día siguiente lúnes estuvo delirando, y el miércoles murió. «La enfermedad de Su Alteza fué de tabardillo ó modorra y una almorra que le cortaron de que murió á primero de octubre de 1578, después de diez y siete dias de enfermedad» (5). La relacion de los médicos no permite aceptar la opinion popular indicada por Brantome, de que el príncipe murió «de la peste que habia tomado de la marquesa de Havré» ni la de haber sido envenenado con unas botas perfumadas.

El cadáver fué trasportado á España el 24 de mayo siguiente (6); pero no probablemente, como se ha dicho (7), dividido en varios trozos de que se encargaron diferentes caballeros, que los reunieron en el Escorial vistiendo de gala el recompuesto cadáver en presencia del rey.

## CAPITULO II

### LA PRINCESA DE ÉBOLI

1578—1590

ASESINATO DE ESCOBEDO.—PRISION DE ANTONIO PEREZ Y DE LA PRINCESA DE ÉBOLI.—PRIMER PERÍODO DEL PROCESO DE ANTONIO PEREZ

#### I.—Asesinato de Escobedo

Don Juan de Austria moria á los treinta y tres años, el mismo día en que siete años ántes conducia á la rada de Sorrento, al són de salvas y músicas, su victoriosa armada, y las banderas conquistadas, y las apresadas galeras y los doce mil cautivos cristianos libertados en Lepanto. Pero Felipe II no tolera más un héroe católico, que una ciudad con franquicias; porque siente la misma desconfianza de todas las grandezas, las de la victoria, como las del patriotismo, desconfianza mezquina que envuelve solapadamente de lazos y delaciones al paladin generoso. A contar de esta hora recibe Don Juan de Austria excitaciones que animan sus proyectos sin obtener nunca recursos para realizarlos; prodígale Felipe todas las promesas que pueden poner de manifiesto los sueños de

su imaginacion y lo mantiene bajo una vigilancia implacable.

Esta doblez que impele al jóven príncipe á su triste fin, arrastra al mismo tiempo á Felipe á una serie de fraudes, de asesinatos, de torpezas que se encadenan por una extraña fatalidad, pesan sobre los últimos años de su reinado y destruyen su prestigio en el extranjero. Los misteriosos acontecimientos se desarrollan, enlazan á Felipe y traen el alzamiento de Aragón.

De los dos hombres que se disputan el favor, durante la primera parte del reinado, uno, el du-

(3) *Ibid.* «Se me quejó, escribe el confesor, que le habian hecho beber una bebida por fuerza.» Es probable que fuera queja de delirante. Si Don Juan de Austria hubiera sido envenenado, no habria podido ignorarlo Antonio Perez y tenia mucho interés en hacerlo saber.

(4) El 28 de setiembre de 1578, Com. Real hist. tom. IV, 1852.

(5) *Doc. inéd.* tom. VII, pág. 443.

(6) *Ibid.* Fray Juan de Jerónimo, *Memorias*.

(7) Strada, lib. V, pág. 519. «Ossibus iterum commissis æreique nexu filii colligatis, totam articulavere compagem corporis... Superindutis armis, pretiosis vestibis exornatum ita regis obtulere oculis quasi pedibus innitens... plane vivere ac spirare videretur.»

(1) Don Juan al rey, 31 oct. 1577. Com. R. hist. tom. IV, 1852, pág. 366.

(2) *Doc. inéd.* tom. VII, pág. 250, carta del confesor copiada por Fray Juan de Jerónimo.